

¿Cómo ayudo a mis hijos o a mis alumnos a leer?
Es una pregunta recurrente, que puede ser formulada de otro modo: ¿cómo se forma un lector? Para dar algunas respuestas prácticas, ExLibris inicia con esta entrega una serie de "biografías lectoras" a través de las cuales muchas personas de diversos oficios contarán cómo fue que entraron al mundo de los libros y lo volvieron parte del suyo. Y viven, desde entonces, en un mundo mucho más grande.

Vicios solitarios

Detrás de la barda
Por Esteban Domínguez
Ed. del Ermitaño
123 pp.

Me gustó mucho este libro porque se trata de diferentes historias de amor, de amistad, de grandes sueños y de ganas de triunfar que viven los adolescentes que cursan la secundaria. El que más me gustó fue el de "Instrucciones para sobrevivir a la secundaria". Les recomiendo mucho este libro. (Yesica Briones Monroy, 14 años)



Los virus
Por Gabriela Aguilera
Ed. Los libros del Escarabajo
24 pp.

El libro que terminé de leer se llama *Los virus*, en él aprendí que cada virus presenta características muy diferentes, de dónde proviene y las consecuencias que tiene si contrae la enfermedad.

Me llamó la atención saber que el VIH se dio primero en los animales y después se manifestó en los seres humanos. Me parece que es un libro que tienes que leer para saber más de los virus. (Víctor Manuel González González, 15 años.

Esta historia jamás la he escrito

□ Juan Hernández Luna □

Tiene que ver con mi vida, mi infancia y los libros. Cada año, la familia entera se reúne en Navidad, no sólo por la fecha sino por saber de esas cosas que la vida ofrece. Todos mis hermanos son comerciantes. Yo soy el extraño. Para mis sobrinos soy el tío que escribe, el que a veces sale en la tele, el que cuenta cosas bien pinchadas.

Las reuniones navideñas siempre son en casa de mi madre. No puedo imaginar otro lugar y ella mucho menos. En eso mi madre es una matrona y a mí me gustan esa clase de tradiciones.

Lo curioso de tales reuniones es que jamás existe música. Y no porque la familia no aprecie el asunto de la melodía como telón de fondo sino simple y llanamente para escucharnos mejor, para oír claramente la anécdota de quien está platicando en ese momento.

Sí. Somos bien platicones. Se habla y se habla y se habla y a veces se recuerdan cosas.

En una Navidad la conversación giró en torno a travesuras de cuando éramos pequeños. (Nota: soy el hermano mayor, aquel a quien mis padres dejaban al cuidado de que los pequeños no hicieran algo peligroso).

Mis cuatro hermanos narraron travesuras terribles, escandalosas. Tenían que ver con lombrices incineradas con alcohol, conejos torturados, pantalones recortados, peleas... cosas extrañísimas. Mi asombro fue de más en más hasta que no pude evitar intervenir y preguntar: ¿Y en qué puto momento hicieron todo eso?

—¡Ay, carnal! —dijo una de mis hermanas—. Te la pasabas siempre en la azotea, leyendo.

¡Joder! ¡Cuánta razón!

Un ramalazo de recuerdos vino en ese instante. Efectivamente, mi refugio para no ver las salvajadas de mis hermanos, ni escuchar sus risas o sus gritos era largarme a la azotea. Y como en las azoteas de una casa en Nezahualcóyotl a principios de los años setenta no había nada, lo mejor era subirse acompañado de un libro.

Los libros llegaban a casa vía mi padre. Ahora, al tiempo, resultaría curiosa la escena, pero mi padre siempre llegaba con el *Ovacion* enrollado en la bolsa del pantalón, signo de que ya sabía cómo andaban las cosas con las *Chivas*, y en la mano un Dostoievsky o un Chéjov.

Así como mi padre adoraba el fútbol también adoraba a los narradores rusos, tan melancólicos, tan apegados a la tierra y a la familia.

Los recuerdos continuaban. Estoy en una azotea recibiendo un amistoso sol mientras leo *La Madre*, o *El Reto* o *El Doble*... Los rusos son culpables de haberme perdido las travesuras de mis hermanos.

Terminaron las vacaciones del verano del 74 y entré a la secundaria 354-14 en la colonia Las Águilas de ciudad Nezahualcóyotl, donde la maestra de Español compartía conmigo no sólo el apellido sino la afición por los libros.

Leticia Hernández, maestra de Español del Primero A, Generación 74-77, pidió a cada alumno que comprara un libro a fin de hacer una biblioteca circulante, para que luego de leerlo lo intercambiara con otro compañero.

¡Chingón!, pensé. Iba a tener 60 libros a lo largo del año escolar.

En el salón éramos 61 alumnos. Jorge Jácome siempre era el 61. Yo era el 28. Mi novia Consuelo Fuentes Vargas era la 17 y Teresa Amaya, la más buenota de la clase, siempre era la número 1.

Aprovechando la ocasión vi el burro y se me antojó el viaje. En casa había libros de Editorial Porrúa que en la parte final tenían un índice de autores, obras y además el precio. ¡Cuando tal cosa era posible! Ya que durante muchos años, gracias a los libros de matemáticas sabíamos que un dólar equivalía a 12.50 pesos. Luego todo valió madres, pero esa historia ya la conocen.

El caso es que tomé el referido índice y marqué un Dumas, un Verne, un Salgari, un Stevenson y otro Verne. Digo, si a mi padre le daba por los rusos yo me iba a ir por los franceses, un inglés y un italiano.

Entiéndase, yo tenía doce años y me gustaban las historias de piratas y aventuras al centro de la Tierra así que, gozoso, le dije a mi madre que la maestra de Español nos había pedido cinco libros cinco.

Mi madre, al ver la cantidad que sumaban los susodichos, me miró con cara de: ¿eres tonto o qué?

En casa no abundaba el dinero. Vivíamos medianamente y aunque a mi madre no le molestaba gastar en un libro para su hijo, aquello le parecía demasiado ya que ningún libro era de texto.

Ante su mirada recapitulé.

—En realidad fueron tres los que nos pidió.

La mirada siguió siendo la misma.

—Está bien —dije de mala gana—. Uno.

—De acuerdo —asintió mamá—. ¿Cuál?

Y en chinga me apresuré a corregir la lista del mandato. Revisé el índice y por lógica de Newton deduje que si un libro era de mayor precio seguramente iba a tener más páginas.

Los miserables, de Víctor Hugo. 37.40 pesos.

Mi madre me dio el dinero y fui a comprarlo a una librería del Fondo de Cultura Económica que estaba en la esquina del palacio municipal de ciudad Nezahualcóyotl.

Fue mi primer libro comprado. Con dinero de mis padres pero al fin y al cabo un libro por el que yo había ido y entrado a la librería a preguntar por él y recibirlo en una hermosa bolsa de papel estraza.

Es toda una iniciación. Ahí ocurre la maldición eterna: los libros serán parte siempre de tu vida.

La historia de Cosette, de Mario, de Jean Valjean, del maldito inspector Javert, de Napoleón y Waterloo, de la cabrona señora Tavernier, de Valjean levantando la carreta o arrojándose al mar o escondiéndose en el monasterio, la historia de las trincheras y las comunas, de la Revolución Francesa y la Bastilla y de -nuevamente- Jean Valjean cargando a Mario en sus hombros y huyendo de Javert por las alcantarillas de París fue el máximo cúmulo de historias que había encontrado hasta entonces. Había tocado la gloria, la manera de contar historias, de mezclar una con otra, de llevar a varios personajes por todo un avatar increíble de proezas.

En ese entonces no sabía que Víctor Hugo me había salvado no sólo la adolescencia, sino gran parte de mi vida.

Pero es momento de volver a lo prosaico.

Al cabo de dos semanas, tras terminar el libro, quise intercambiarlo con mis compañe-

ros. Craso error. Nadie quiso aceptar semejante tomo de casi 10 centímetros de ancho. Una y otra vez yo me quedaba con mis miserables en la mano, rechazado.

Tuve que recurrir al librero de mi padre. Si a mis compañeros les asustaban los libros gruesos bien podía darles uno más delgado. *El jugador*, de Dostoievsky, una noveleta con empastado grueso y bonito de editorial Roca, era atractivo y eso me permitió acceder a los otros sesenta libros que rondaban mi salón de clases.

Y los leí todos. Desde *Mujercitas* hasta *Ivanhoe*, pasando por *Pregúntale a Alicia* y, obviamente, Verne y Salgari y Dumas y Stevenson y Dickens...

Vaya días febriles. ¡Cuántas historias! ¡Cuántas vidas pasaron ante mis ojos!

Algunas veces pienso en qué sería de la maestra Leticia Hernández y cómo se le ocurrió semejante idea.

Aquí viene un brinco en el tiempo. Para el año del 78 mi familia decidió emigrar a un pueblo ubicado en el triángulo de Tlaxcala, Veracruz y Puebla.

La fortuna de la familia se convirtió en infortunio y ya no hubo dinero para comprar libros, así que recurrí al librero y releí en días donde a veces no se sabía si al siguiente habría para comer. Así de duras fueron las cosas. Ahí se forjó el carácter de mis hermanos y el mío. Ellos decidieron no pasar más hambre y convertirse en comerciantes. Yo decidí que la lectura es la mejor tabla de salvación en momentos difíciles.

Y *Los Miserables* lo hicieron. Una y otra vez acompañé a Cosette y a Mario y a Jean Valjean y a Javert y a Napoleón y a los Tavernier en sus cuitas por el París jodido de finales del setecientos.

El caso es que *Los Miserables* me salvaron la vida anímica en esa época tan jodida. Por mi cabeza siguieron pasando su historias y personajes y actos de valentía y vileza, hasta que la familia; padre, madre, abuela y cinco hijos, emigramos a la ciudad de Puebla.

Haré la historia breve.

Trabajé, estudié teatro, descubrí a Shakespeare y Esquilo, pero lo más rudo fue que todo este conocimiento no sirvió más que para terminar dando clases de teatro en escuelas donde los niños sólo deseaban montar obras tipo *Vaselina*. Eso destroza el alma.

Cierta tarde, bajando las escaleras del primer piso de la Casa de Cultura de la ciudad de Puebla me descuidé. Tropecé. Estuve a punto de romperme el hocico trastabillando de escalón en escalón mientras descendía. No paré sino hasta quedar estacionado frente al busto de Víctor Hugo que está en el corredor y seguramente conocen.

Siempre hay que agarrar la poesía en el momento que surja. Los zarpazos que la vida te manda son eso; señales de humo absolutas y verdaderas.

Víctor Hugo me había salvado la adolescencia y luego también los malditos tiempos de penuria.

En ese momento, año del 85, cuando traía el alma apachurrada, de pronto, tras un tropezón, con mi silueta jadeando, agradecido de no haberme roto la boca, frente a mí estaba Víctor Hugo, nuevamente.

Lo entendí.

Era simple y claro.

Mi asunto estaba en esa cosa extraña de contar historias.

Desde entonces lo hago.

Juan Hernández Luna es escritor. *Tabaco para el puma*, *Quizás otros labios* y *Las mentiras de la luz* son algunos de sus libros. Ha ganado en dos ocasiones el premio internacional Hammett.